

# Discurso a los participantes en la Semana de Estudio promovida por la Pontificia Academia de las Ciencias.

18 de mayo de 1990.

Señoras y señores:

1. Con gozo especial doy la bienvenida a los distinguidos hombres y mujeres de ciencia que han tomado parte en la semana de estudios organizada por la *Pontificia Academia de las Ciencias* en cooperación con la Real Academia Sueca de las Ciencias sobre el tema de «*Los bosques tropicales y la conservación de las especies*». El asunto que habéis estado estudiando es de la máxima importancia. Gracias a la indiscutible reputación de los científicos cada vez se comprende y se aprecia más el valor de la biodiversidad de los ecosistemas tropicales. Sin embargo, la magnitud del agotamiento de la biodiversidad tropical de la tierra es ciertamente un problema gravísimo: amenaza otras innumerables formas de vida. La misma calidad de la vida humana, debido a su dependencia de la interacción dinámica de otras especies, se está viendo empobrecida.

2. Los bosques tropicales merecen nuestra atención, estudio y protección. *Al mismo tiempo que aportan una contribución esencial a la regulación de las condiciones climáticas de la tierra, poseen una de las variedades de especies terrestres más ricas, cuya belleza merece nuestro profundo aprecio estético.* Además, algunas plantas y microorganismos de estos bosques son capaces de sintetizar un número ilimitado de sustancias complejas de gran utilidad en la producción de medicinas y antibióticos. Otras plantas tienen valor como recursos alimentarios o como un medio para mejorar genéticamente las propiedades de los vegetales comestibles.

Desgraciadamente el ritmo al que estos bosques se están destruyendo o alterando está agotando su biodiversidad tan rápidamente que muchas especies no podrán ser nunca catalogadas o estudiadas por su posible utilidad al ser humano. ¿Es posible que la destrucción indiscriminada del bosque tropical llegue a impedir a las futuras generaciones beneficiarse de las riquezas de estos ecosistemas de Asia, África y América Latina? No se puede permitir que *un concepto de desarrollo en el que el lucro sea lo predominante* siga dañando las vidas de las poblaciones nativas que viven en esos bosques. No se puede permitir que una falta de visión de futuro siga dañando el proceso dinámico de la tierra, de la civilización y de la vida humana misma.

3. Si la búsqueda injustificada del lucro es a veces responsable de la deforestación de los ecosistemas tropicales y la pérdida de su biodiversidad, es también cierto que *una lucha desesperada contra la pobreza amenaza con agotar estos importantes recursos del planeta*. Por ello, mientras ciertas formas de desarrollo industrial han inducido a algunos países a reducir dramáticamente el volumen de sus bosques tropicales, la deuda externa ha forzado a otros países a administrar imprudentemente sus recursos madereros con la esperanza de poder reducir esa deuda. Y, al mismo tiempo, el intento de crear terrenos para granjas o pastizales es algunas veces una muestra desafortunada de cómo se pueden utilizar medios no apropiados para objetivos buenos e incluso necesarios. En este caso la solución de un problema urgente puede generar otro igualmente grave.

La presión demográfica se cita a menudo como la mayor causa de la destrucción de los bosques tropicales. Sin embargo es esencial señalar que la *expansión demográfica* no es simplemente una cuestión de estadística: es un *tema cultural y profundamente moral*. Ciertamente, «no está demostrado siquiera que cualquier crecimiento demográfico sea incompatible con un desarrollo ordenado» (*Sollicitudo rei socialis*, 25). Además de condenar las presiones, incluso económicas, a las cuales las personas están sujetas, sobre todo en los países más pobres, con el fin de forzarlas a someterse a programas de control de población, la Iglesia proclama incansablemente la libertad de las parejas para hacer una elección sobre sus hijos según la ley moral y sus creencias religiosas (*ib.*; cf. también *Familiaris consortio*, 30).

4. Toda forma de vida debe ser respetada, cuidada y amada de verdad como creación del mismo Señor Dios que creó todo «bueno» (cf. *Gn 1, 31*). Pero es precisamente el especial valor de la vida humana lo que nos

aconseja, y de hecho nos obliga, a examinar cuidadosamente el modo como usamos las otras especies creadas. No cabe la menor duda de que el hombre está facultado para hacer uso del resto de la creación: el Creador en persona dio a la humanidad, así como a los animales, «toda hierba de semilla y todo árbol que lleva fruto de semilla» (cf. Gn 1, 29-30). Este don, sin embargo, junto con el mandato de «someter la tierra» (cf. 1,26) está sujeto a dos límites trazados por Dios, el Creador.

*El primero es el mismo hombre.* Él no debe hacer uso de la naturaleza contra su propio bien, el bien de sus prójimos y el bien de las futuras generaciones. Por esto, hay una dimensión moral en el concepto y en la práctica del desarrollo que debe ser respetada en todo caso.

*El segundo límite son los mismos seres creados;* o, más bien, la voluntad de Dios expresada en su naturaleza. Al hombre no se le permite hacer lo que quiera y como lo quiera con las criaturas que le rodean. Por el contrario, se supone que las debe «cuidar» y «labrar», como enseña el relato bíblico de la creación (cf. Gn 2, 15). El mismo hecho de que Dios «dé» a la humanidad la hierba para que coma, y el jardín para que lo «cuide», implica que la voluntad de Dios se debe respetar cuando se trata a las criaturas. Están confiadas» a nosotros, y no simplemente a nuestra disposición. Somos administradores, no dueños absolutos. Por esta razón, *el uso de los bienes creados implica obligaciones morales* (cf. *Sollicitudo rei socialis*, 34 y el *Mensaje para el Día mundial de la Paz 1990*, n. 6ss). El compromiso ecológico no es sólo una cuestión de interés por los seres naturales y por el medio que les rodea. Es una cuestión de moralidad y, por tanto, de las responsabilidades del hombre en los designios de Dios. En este contexto, la fidelidad última del hombre podría resumirse como «paz con Dios Creador, paz con toda la creación» (*Mensaje para el Día mundial de la Paz 1990*).

5. Hoy el trabajo de unos científicos como vosotros es cada vez más importante. *Se necesita un programa intenso de información y educación.* En particular, vuestro estudio e investigación puede contribuir a *alimentar e examinar el compromiso moral*, hoy más urgente que nunca. Confío en que las conclusiones de vuestro seminario, junto con vuestro trabajo personal y vuestro compromiso responsable como hombres y mujeres de ciencia, contribuirán mucho a la consecución de ese objetivo. De este modo la presente crisis ecológica, especialmente grave en el caso de los bosques tropicales, será ocasión para una renovada toma de conciencia del auténtico lugar del hombre en este mundo y de sus relaciones con el medio ambiente.

El universo creado ha sido dado a la humanidad no para el derroche personal sino para la gloria de Dios que, como dijo san Ireneo, hace ya muchos siglos, consiste en «el hombre vivo» (*Adversus haereses*, IV, 20, 7).

Os animo, e invoco sobre vosotros abundantes bendiciones de Dios todopoderoso.

**JUAN PABLO II**